porque los hubieran cogido durmiendo y desprevenidos.

CAPÍTULO XX

UN COMPLOT FRUSTRADO PARA MATAR AL PADRE JULIÁN Y SUS COMPAÑEROS. — PADECE EN EL CAMINO PENURIAS INNUMERABLES. — SU MULA CAE CON ÉL EN UNA LAGUNA.

En la detención, pues, medrosa de los agresores, consistió la salud de los Misioneros, porque los reservaba Dios para mayores trabajos; á nuestro Padre Julián no le quiso dar por entonces la corona, y se rodearon las casas de manera que tuviesen el aviso anticipado por medio de uno de los mismos conjurados, que agradecido á un donacillo que le había dado uno de los Misioneros, se sintió movido á apartarse de los suyos, y caminando por extraviados, anticipó la noticia de la traición, dándosela á la mujer del Cacique, por cuya diligencia se hizo la referida prevención. Los Carapareños, que defendían bien armados á los Padres, dieron señas con muchos silbos á los conjurados, de que estaban vijilantes y no los podrían sorprender descuidados, y algunos más resueltos se animaron á ir á reconocer los enemigos, de los cuales vieron poblada la margen de un río que pasa por la falda del cerro en que está dicho pueblo, y éstos habían ya hurtado las mulas de los Padres. En este tiempo fué el hijo del Cacique á avisar en Cararuty á su padre y

aunque le descubrieron y hablaron, porque tenían tomadas las entradas y salidas del pueblo, no tuvieron reparo en dejarle pasar. En obscureciendo la noche, subieron á Carapari los enemigos, y veinte entraron dentro, registrando todas las casas y hurtando cualesquier cosa, que hallaban perteneciente á los Padres, bien que á la casa donde ellos estaban, ó no quisieron ó no se atrevieron á entrar, hasta que á las tres de la mañana se arrojó entrar el pérfido Yaguaringá y dijo al Padre Chome: que Ibaceyú, hijo del Cacique Tipiolby, gran traidor que vivía en Sumandyty, le llamaba para hablarle. Iba el Padre á salir, pero no se lo permitieron los fieles compañeros; bien que repitiéndose el mensaje al amanecer, no le pudieron detener, y yendo á su alojamiento, habló con Ibacuyú, sin dar señas de temor ó recelo. A la verdad, los tres Misioneros estaban tan serenos y alegres en aquel peligro, que ellos mismos consolaban á las Indias, que con la piedad propia de su sexo se afligían por verlos amenazados de aquellos malvados, y á pique de perecer.

Preguntando Ibacuyú del motivo de aquella estrepitosa á intempestiva venida, dió por respuesta algunas razones que traía estudiadas para deslumbrarle y quizá descuidarle; pero el Padre, que los tenía bien conocidos, le habló con resolución, que en semejantes ocasiones infunde Dios valor á sus Ministros, y le hizo cargo de haberle hurtado las mulas. Conocióse que se amilanaron algo de verle tan animoso, y para disimular más, le hicieron algunas peticiones. Díjoles, que sí les daría lo que pedían, pero que no

sería hasta que llegase el Cacique Necang. Replicaron que no vendría tan presto, pero el Padre les certificó que estaría allí antes de nacer el Sol, porque le había enviado á llamar con su hijo menor. Esta noticia les sobresaltó mucho y les cortó los bríos; y se amilanaron más cuando en breve vieron venir corriendo á carrera abierta con el caballo bañado en sudor al hijo mayor de Necang, que había ido con su Padre á Cararuty. Diéronse por perdidos, porque conocían bien la resolución y valor del viejo, y se pasaron muy pensativos y cabisbajos. Creció su miedo cuando preguntando el Padre al mancebo, si venía Necang, respondió sin hacer casos de los enemigos: bien acompañado viene; y metiéndose en su casa, cogió el arco y flechas. Retiróse también el Misionero, y todos tres temieron hubiese alguna reñida pendencia. Pero no dió lugar la cobardía que mostraron los agresores, antes tan insolentes, porque llegando poco después muy furioso Necang, acompañado de los Capitanes y otra mucha gente bien armada de Cararuty, les mandó con imperio rendir y entregar las armas, lo que ejecutaron sin resistencia los de Caizá y Sunandyty. En teniéndolos desarmados les afeó severísimamente sus pérfidos designios, sin que ninguno de ellos se atreviese á responder palabra, ni aun á chistar, y se irritó tanto contra Mariré, caudillo principal, que le faltó poco para traspazarle con la lanza. Trataron en fin de retirarse, y por grande favor recibieron las armas, de que habían sido despojados.

Agradecidos los Misioneros á sus defensores,

que se habían portado más fieles de lo que se podía esperar de esas gentes, les agasajaron con algunas dádivas de las baratijas que ellos más aprecian, y se pusieron en camino para Cararuty; mas apenas habían salido, cuando Necang les despachó mensaje con un hijo suyo, rogándoles que volviesen. Hiciéronlo los dos, y prosiguió la marcha el Padre Julián á Cararuty. El motivo de llamarlos era, porque dos Caciques de Caizá, viendo errado el lance, temieron que los Padres volviesen sentidos, midiendo la generosidad cristiana y Apostólica de sus corazones por la vileza de los suyos, crueles y vengativos, y recelaban que sus justas quejas armasen de nuevo á los Españoles contra los pueblos delincuentes; por tanto habían despachado un pariente suyo, rogando á Necang les detuviese hasta el dia siguiente, que vendrían á darles satisfacción y disculparse, siguiéndole inocentes, aunque no se dudó habían sido cómplices. Los dos Padres, así por recelar fuese nuevo ardid para sus dañados intentos, como por no dar nueva molestia al viejo Necang, que toda la noche antecedente había pasado en vela, receloso de nuevas acechanzas, les enviaron á decir, que para lo que gustasen podían acudir á Cararuty, que dista cuatro leguas de Carapari, porque allí le esperarían tres días, y luego se fueron á alcanzar al Padre Julián, que marchaba con gran trabajo en una mula carguera, que no salía de paso, por haberle los de Caizá robado la cabalgadura.

Al dia siguiente acudieron los dos Capitanes á Cararuty, aunque medrosos de la gente de dicho pueblo, y con razones bien estudiadas procuraron

persuadir no haber tenido parte en la traición. Mostráronse satisfechos, y les aseguraron que estaban muy ajenos de tener enojo ó mala voluntad contra los verdaderos agresores, porque la Santidad de la Religión Cristiana, que les iban á predicar, les prohibía manchar el corazón, con tan ruin y vil afecto, cual es el deseo de venganza; que tenían perdonadas generosamente cuantas injurias les habían hecho, y estuviesen ciertos que no les harían por su causa guerra los Españoles, porque sepultarían en sus pechos, sin comunicarles, la noticia de lo acaecido, y sola sería su venganza la que enseña Cristo, que es hacer beneficios á quien los maltrata y persigue, como lo experimentarían en adelante y serían los mejores testigos, las buenas obras que en todo tiempo les harían. Rogáronles también que dijesen de su parte lo mismo á Angaypá, el Cacique principal del Tagaypá, y al Cacique Capinda. Alegráronse mucho los dos Caciques y se despidieron muy contentos, principalmente porque les dieron palabra de que pasadas las aguas, volverían á sus tierras, como tenían intento, resueltos á que entonces el Padre Chome viniese á hacer asiento en Caizá, y que el Padre Julián y el Padre Pons pasasen adelante á la otra banda del Pilcomayo, donde había mayor peligro, porque por allí la gente, como más distante de los Españoles de Tarija, tenían menos miedo de sus armas, y se portaba más soberbia y altiva. Con este ánimo determinaron volverse á las Salinas á la Reducción, porque por entonces no era conveniente quedarse, por la mala disposición de los ánimos, que se empeorarían más con el tiempo cercano á las borracheras, que celebra toda aquella bárbara nación, dada por extremo á este vicio, como suelen generalmente los Infieles, quedando inhábiles para dar oídos á las cosas de la fe, que piden tanta atención y se dejan percibir mal de ánimos ofuscados con los humos de sus inmundos brevajes.

Volviéronse, pues, á las Salinas, padeciendo en el camino harto trabajo, principalmente el Padre Julián, por la falta de cabalgadura á propósito; aun cuando la tenía menos mala, era increible lo que padecía en estas excursiones: basta decir, que nunca pasaba quebrada alguna ó río (y eran muchos) que no se mojase muchísimo; pero el sentimiento que mostraba, era festejar él mismo sus propias desgracias, para disimular el sentimiento de sus compañeros, principalmente una vez, que su mula se hundió en una poza, de donde hubo de salir á nado, dejando al Siervo de Dios en paraje, que le daba el agua arriba de la cintura, y parecía era otro el que padecía aquel trabajo, según la alegría con que celebraba el lance. Pero lo que justamente admiraba á sus compañeros, era la especial providencia con que Dios favorecía sus ansias de ocuparse en este negocio de la conversión de los Infieles, y en las trabajosas expediciones á este fin encomendadas, porque siendo muy afligido de alma y durmiendo de continuo en el suelo húmedo y sin abrigo, después de haber traido mojadas las piernas todo el dia por causa de los ríos, era una maravilla que nunca le acometía aquel achaque, cuando recorría por las tierras de los Infieles, porque si tal sucediera, le hubiera sin

duda imposibilitado emplearse en aquellas empresas por la necesidad en que se veía siempre de afanar mucho y trepar á pie las más árduas y empinadas serranías; pero como eran al Señor tan agradables aquellos pasos, que gobernaba únicamente el amor de su Majestad y el celo de la salvación de los Infieles, disponía misericordioso, que por aquel tiempo se suspendiese el achaque tan penoso, y lo mismo era volver á la Reducción (adonde padecía menos) que asaltarle luego y afligirle el alma. Admirábase de esto el Padre Julián con los demás, y tomábalo por señal, de que eran agradables al Señor aquellas expediciones, padeciendo la fuerza del mal con este consuelo muy alegre y contento.

CAPÍTULO XXI

VUELVE Á CONCEPCIÓN. — TRASLADA EL PUEBLO DEL VALLE DE ARRIBA Á EL DE ABAJO PARA LA MAYOR SEGURIDAD DE LOS NEÓFITOS. — DESCONFÍA DE LA CONVERSIÓN DE LOS CHIRIGUANOS, SIN EMBARGO RESUELVE MORIR EN LA EMPRESA. — CLÁUSULA DE UNA CARTA. — LA EXCLAMACIÓN DE SU VEHEMENTE DESEO DE PADECER POR CRISTO.

Vueltos los tres Misioneros á la Reducción de la Concepción, sentían menos los trabajos y peligros padecidos, pero les llegaba al alma la dureza de los bárbaros, con quienes habían lidiado, y se ofrecieron gustosos á mucho mayores fatigas,

si tuvieran alguna esperanza de que al fin hubiesen de ser fructuosas y vencer su obstinación. Sin embargo no desmayaban, y estaban prontos á acabar en la demanda y dar la vida por hacer de su parte las diligencias en orden á su conversión, exponiéndose á los más árduos peligros, como se conocerá bien por la cláusula de una carta, que escribieron al Padre Provincial, donde después de hacerle relación de los sucesos referidos, le dicen así:

"En lo humano no hay esperanza alguna de la conversión de los Chiriguanos, *Manus Domini non est abreviata;* pero antes se dejaran ellos hacer pedazos, que venir en ser cristianos, tanto es el horror que tienen á este nombre y nos sufren ir y venir por sus pueblos únicamente movidos de su inexplicable codicia, y no es gente que se pueda ganar con dádivas; todo lo quieren como si les fuera debido y todo lo reciben como si nos hicieran merced en recibirlo. Algún miedo que tienen al Español por los trabajos pasados nos da alguna seguridad de la vida entre ellos, pero nos parece que presto lo perderán, y que en la entrada siguiente que hiciéremos por Mayo, darán peor cuenta de nosotros. Con todo esto estamos con ánimo firme de no desistir de la empresa, hasta quedarnos en la demanda, ó que la obediencia nos mande alzar mano de ella. El ánimo que tenemos es, que á su tiempo vuelva el Padre Ignacio á Caizá, y á Sanandyty, y los Padres Julián y Joseph pasen adelante á la otra banda del Pilcomayo, y será de los tres lo que Dios fuere servido. Sólo tememos que los de esta banda, como más

vecinos al Español, nos atajen los pasos de miedo, de que nos suceda por allá alguna desgracia, la cual ellos también habrían de pagar."

Esta era la generosa resolución de los tres Misioneros, sintiendo menos el peligro de sus propias vidas que los impedimentos de su celo, y resueltos á sacrificarse en las aras de la obediencia á los trabajos y muerte, antes que alzar mano de la empresa, que se les había encomendado.

Hubieron de contenerse en la nueva Reducción, esperando la coyuntura de poder ejecutar sus premeditados designios, y se ocupaban en la Instrucción Cristiana de aquellos Neófitos, y en ir fabricando Iglesias, pero todo con continuos sobresaltos de aquella pobre gente, contra la cual se decía estar muy indignados los demás Chiriguanos, porque protestaban la Ley de Cristo llegándoles continuos avisos de que querían los Infieles hacer allí invasión. Llaman á aquel paraje, Valle de Arriba, y en tiempo de la guerra fué muy infestado de los Chiriguanos, que cometieron en él grandes hostilidades, cuya memoria avivaba más el temor de los Néofitos, y creció tanto, que fué necesario á los Misioneros trasladar el pueblo al Valle que llaman de Abajo, doce leguas distante del primer sitio, por el mes de Mayo de 1734. Lo que se padece en semejantes transmigraciones, sólo lo puede concebir cabalmente quien lo ha experimentado, y mucho más sin duda con gente recién convertida. En esta ocasión eran frecuentes los avisos de la perversa intención de los Chiriguanos de Ingre contra los Misioneros y sus Neófitos, y fué necesario se quedasen solos en el

sitio despoblado los Padres Lizardi y Chome, acompañados de sólo dos Indios, para guardar los trastos que no se habían podido todavía llevar, y no repetía otra cosa el Siervo de Dios, según depone su compañero, sino : " ¡Oh! á qué buen tiempo llegarían ahora los de Ingre! ¡Qué buena ocasión de ser muertos por Cristo!" Así daba desahogo á sus ansias, brotando la lengua en las expresiones del afecto que ocupaba su corazón.

En el Valle de Abajo no dejaban de llegar las noticias del desafecto con que miraban á los Obreros Evangélicos muchos de los Chiriguanos, y no había cosa de mayor gusto para el Padre Julián, que cuando unos Infieles amigos venían á menudo á avisar que los demás habían jurado darles muerte si volvían á poner los pies en la Cordillera, era añadirles estímulos para disponer y aun prevenir el tiempo de nueva entrada. En otra ocasión recibieron los Padres aviso de un Indio de la Cordillera, de que si volvían á aquella tierra, estaban resueltos los bárbaros, á prenderlos y venderlos á los Tobas, Infieles cruelísimos del Chaco. Mostró bien entonces el Venerable Mártir, su vehemente deseo de padecer por Cristo, porque lo mismo fué oir esa nueva que prorrumpir inmediatamente en esta afectuosa exclamación: "¡Oh Padres míos, qué cosa tan bella, ser esclavo por Jesucristo!" Dijo aquellas palabras con tanta viveza (añade su compañero el Padre Chome) y me penetraron de suerte que nunca las he olvidado, y me parece oirlas siempre con el aire con que las profirió. Escribió esto el Padre Chome dos años después. Tal era, y tan ardiente el afec-

to de donde nacían, que pudieron hacer tan permanente impresión en su ánimo.

CAPÍTULO XXII

DIVÍDESE EN DOS LA REDUCCIÓN DE LOS CHIRIGUANOS. — SU PREDILECCIÓN POR LOS MALVADOS CHIRIGUANOS DE INGRE. — TOMA Á SU CARGO EL PUEBLO DE CONCEPCIÓN. — FERVOR DE LOS NEÓFITOS. — DE DÍA TRABAJA ENTRE ELLOS COMO PEÓN, Y DE NOCHE SE LEVANTA PARA TRABAJAR POR SU ALMA.

Quisiera el Padre Julián se le ofreciesen ocasiones de lograr el cumplimiento de sus deseos, y como ya vimos, en la entrada de Mayo, y nueva ida adelante del Pilcomayo, tenía esperanzas de hallar copiosa cosecha de trabajos y peligros; pero siendo forzosa la dicha mudanza de la Reducción para acallar y sosegar el susto y sobresalto de los Neófitos, no pudo conseguir su intento, y sobreviniendo nuevos embarazos, hubo de tener represado su celo por disposición de los Superiores, hasta que llegando, por Agosto de dicho año de 1734, á visitar nuestro Colegio de Tarija el nuevo Provincial Padre Jaime de Aguilar, y reconociendo algunos inconvenientes en que viviesen juntos en una Reducción los Chiriguanos del antiguo pueblo de Tariquea y los recién convertidos Cuyambuyos, dió orden que se dividiesen en dos pueblos, bien que dejando á la elección de ellos mismos, si alguno de cada parcialidad quisiese

agregarse al pueblo de la otra. Hízose la división el dia 26 de Agosto, dándose por nombre al nuevo pueblo Nuestra Señora del Rosario, á que se aplicaron los Cuyambuyos, y por su Capitán Don Pablo Bariaré, Indio principal, que tiempo antes había convertido el Padre Rafael Giménez, y el otro pueblo se quedó con su antiguo nombre de la Concepción, á que se agregaron los Taricuanos, y por su Capitán Don Francisco Javier Ciriary, Chiriguano muy afecto á los Españoles, de cuyo maestre de Campo, Don Juan de Echalar, mereció recibir vengala de Capitán, por las hazañas que obró en las entradas del Ejército Cristiano contra los Infieles rebeldes de su propia nación. El pueblo del Rosario se quedó en el Valle de las Salinas, que llaman de Abajo, y el de la Concepción se volvió al sitio primero del Valle de Arriba, señalando por doctrinero en éste al Padre Gimenez, y en el primero al Padre Pons, y que á ambos de tiempo en tiempo los ayudase y consolase nuestro Padre Julián, como lo ejecutaba con su eximia caridad y apacibilísimo trato, acudiendo incansable á la instrucción de los Neófitos en ambas partes y teniendo fuera de eso el trabajo de ir de un pueblo á otro, que no es pequeño por la aspereza de los caminos.

La primera vez que pasó del Rosario á la Concepción, llegó aquí noticia de que los infieles de la Cordillera querían hacer invasión en este pueblo, de que se inquietaron con gran sobresalto los Neófitos, y para sosegarlos le ofreció ir en persona á certificarse de la verdad hasta el pueblo de Chimes, donde inquirió de dos Capita-

nes Infieles, llamados Churá y Cuyaroá, que se mostraban amigos; y no satisfecho de su informe, pasó adelante hasta el río Pilcomayo, donde averiguó que era sin fundamento la primera nueva de invasión, y el Cacique de un pueblo, prendado en sus razones, ofreció venirse á hacer cristiano con toda su numerosa familia y vasallos en la Concepción; pero los de Ingre, por el contrario, trataron entre sí de darle muerte y lo hubieran ejecutado, á no haber hallado resistencia en el dicho Cacique, que sin saber el Padre su peligro, le libró de él con mucha fineza, oponiéndose á sus designios. Estos malvados de Ingre son los que por fin le labraron la corona, quitándole la vida con la crueldad que diremos; pero como no había llegado la hora que tenía destinada la Divina Providencia para hacer al Siervo de Dios esta gracia, no se les logró la traición, y el Padre volvió muy alegre con la noticia de no reconocerse movimiento alguno en los Infieles, ni señales de que quisiesen invadir por aquella frontera.

Y con esta ocasión del riesgo que corrió su vida ahora á mano de los pérfidos Chiriguanos de Ingre, es digno de advertir lo que siempre notaron, particularmente sus compañeros, que el distrito ó partido adonde con más vivas ansias anhelaba el Padre Julián por llevar la luz del Evangelio, era el de Ingre, como si no hubiera otros pueblos Infieles de Chiriguanos que convertir, y decía muchas veces que no había de resistir hasta fundar entre ellos una Reducción dedicada á Jesús, María y Joseph, ternario celestial, que era todas sus delicias; que parece se anunciaba la dicha felicísima, que por mano de aquellos Infieles había de conseguir. Y á la verdad, no estaba muy lejos y en orden á este fin, se fueron disponiendo las materias de manera que se cumpliese la Divina ordenación acerca de su martirio glorioso; porque habiendo de venir á la Provincia el Padre Rafael Giménez, le mandaron los superiores tomase á su cargo el pueblo de la Concepción á fines de Marzo de 1735, y ejecutó esta obediencia con la puntualidad y perfección que acostumbró toda su vida en las demás ocupaciones, procurando con todo empeño que no decaeciese de la Cristiandad y devoción, se había empezado á entablar, sino que se adelantase cuanto fuese posible, y Dios echaba su bendición, para que se lograsen sus diligencias, pues era su fervor de manera que todo el pueblo asistía cada día á la Misa y al Rosario, y á la explicación de la Doctrina Cristiana y otras devociones, que apenas rayaba el alba, cuando ya estaban en la Iglesia, para visitar á su Madre Santísima, María Señora Nuestra, en su devotísima y milagrosa imagen de la Concepción Inmaculada, indicando, á lo que parece, golpe de devoción la brevedad del tiempo.

A lo demás acudía el Siervo de Dios con el mismo tesón, trabajando él mismo personalmente con los Indios en lo necesario para la manutención y para la fábrica del pueblo, como era carpir la tierra, cortar la madera, cargar la paja, tirar palos á la cincha de una bestia como acá acostumbran los más viles peones, que de nada

se desdeña la verdadera humanidad, y á todo hacía por darles ejemplo á los Neófitos y animarlos á trabajar. El Padre Rafael Giménez, que se detuvo algunos días en aquel pueblo, después de haberse encargado de él el Padre Julián, y sabía muy bien cuanto tiempo empleaba en los ejercicios espirituales, de oración, meditación y lección, viéndole ahora tan aplicado á procurar el bien temporal de sus Neófitos, y tan afanado le dijo por gracia :

— "Padre mío, muy ocupado le veo á Vuestra Reverencia en el oficio de Marta; ¿dónde está ahora tanta oración como tenía cuando particular? ¿dónde está su lección cuotidiana de la Biblia Santa, de nuestro instituto, vidas de Santos?"

Respondióle riendo : — "Todo se puede, Padre mío Rafael, con la gracia de Dios, lo supliré sin faltar un punto, levantándome á medianoche."

Y después, como testigo de vista en los dichos días de su detención, que lo vió practicar al pie de la letra, levantándose á aquella hora, entrándose en la Iglesia, donde amanecía de rodillas, á costa de su reposo adelantados aquellos ejercicios para poder aplicarse con desembarazo á las cosas temporales de la Reducción, de las cuales dependen tanto las espirituales.

CAPÍTULO XXIII

SU CONFESIÓN GENERAL. — SU INOCENCIA BAUTISMAL. — PRONOSTICA SU MUERTE. — SAN JUAN NEPOMUCENO. — RUMORES DE UNA INVASIÓN AL PUEBLO DE CONCEPCIÓN. — EL PADRE LISARDI NO LE DA CRÉDITO.

En este tiempo quiso hacer con el Padre Rafael confesión general de toda su vida, y testifica que no había perdido la gracia Bautismal y que apenas halló materia de absolución. Tanto previno Dios esta alma escogida con sus celestiales bendiciones, y cierto que parece prevía haber de ser la última de toda su vida, pues no tuvo ocasión de hacer otra por hallarse solo y haber padecido muy en breve su ilustre Martirio, del cual parece tenía prenuncios, como se puede colegir de lo que el día de la despedida se pasó con el dicho Padre Rafael, porque diciéndole éste :

— "No tardará mucho en ir Vuestra Reverencia á Provincia con alguna ocupación, á que parecen le destinan los Superiores."

Respondió : — "No podré ir, porque antes he de morir"; y lamentándose entonces el Padre Rafael de su desgraciada suerte, en no haber merecido en dos ocasiones la corona del Martirio, añadió el Padre Julian :

— "Pues ¿y qué dirá Vuestra Reverencia que ahora que se va, me matan á mí los Chiriguanos?"

— " Qué he de decir (le respondió) sino confirmarme en lo dicho, de que yo no merezco lo que Vuestra Reverencia se concede. "

Con estas pláticas se despidió de su amantísimo compañero, quien sintió vivísimamente verse precisado á la obediencia á apartarse de su lado, perdiendo su amabilísima compañia, y parece pronosticaba, ó tenía noticia más segura de su Martirio, porque todo sucedió, como decía, al mes y cinco días de esta conversación. Era día 16 de Mayo, consagrado al culto del ínclito Mártir San Juan Nepomuceno, y la primera vez que en esta Provincia se usaba de la gracia concedida por nuestro Santísimo Padre Clemente XII á toda la Compañía, de rezar su oficio y Misa. Levantóse á la hora que dijimos, se previno con la fervorosa disposición insinuada para el incruento Sacrificio de la Misa, que no había de continuar, porque la voluntad Divina era que diese principio al cruento de su sangre, siendo preso en la invasión que los bárbaros de Ingre ejecutaron ese día en el pueblo de la Concepción.

Túvose aviso de esta traición días antes por medio de un Apóstata del pueblo de Chiquiacá, llamado Juan Yaraná, á quien Cataurí, Cacique del pueblo de Itán, despachó por mensajero á la Villa de Tarija para ajustar paces con los Españoles. Este al pasar por el Valle de las Salinas, dió noticia á dos Indios Chiriguanos del partido de Ingre. Trataban con calor de invadir el pueblo de la Concepción, y Joseph Pitiré, uno de los dos cristianos, avisó de esta novedad al Padre Joseph Pons, quien prontamente la participó con un expreso al Venerable Padre Julián, y éste. — disponiéndolo así la Divina Providencia, por haberse llegado el tiempo que fuesen premiados sus méritos y vida Angelical, — no creyó la noticia, persuadido sería como otras semejantes, que tantas veces habían corrido, é inquietado sin fundamento á los Neófitos, y por esto no hizo diligencia alguna para salvar su grey, ni dió aviso al Padre Antonio Breton, Superior de aquellas Misiones, que estaba á la sazón convaleciendo de unas tercianas en el Colegio de Tarija, donde pudiera solicitar algún socorro de Soldados Españoles, para la defensa del pueblo de la Concepción.

CAPÍTULO XXIV

INVASIÓN DE CONCEPCIÓN POR LOS CHIRIGUANOS DE INGRE. — EL PADRE JULIÁN PRENDIDO EN EL ALTAR. — LE DESPOJAN DE SUS VESTIDURAS SAGRADAS Y DE SU SOTANA. — LE MANIATAN. — INCENDIAN LA IGLESIA. — REDUCEN EL PUEBLO Á CENIZAS. — LE LLEVAN CON ELLOS UNA LEGUA. — LE HACEN SENTAR DESNUDO EN UN PEÑÓN DONDE LE MATAN Á FLECHAZOS.

Hicieron pues su junta los agresores, sacando gente de los siete pueblos del Valle del Ingre, que venían á cargo de un Cacique principal, el cual quiso ser candidato de la facción. Fuéronse acercándose al pueblo de la Concepción, ocultando cuanto fué posible las señales de su mar-

cha, observando que los Neófitos estaban muy ajenos de su venida, se resolvieron á dar el asalto el día 16 de Mayo, y le ejecutaron á tiempo que el Venerable Mártir, ofrecida la Hostia, estaba preparando el Cáliz, y casi toda la gente del pueblo asistiendo al Santo Sacricio. Un mancebo Chiriguano, llamado Manuel, había salido á recoger unas cabalgaduras que pacían en el campo, y viéndolos marchar hacia el pueblo, se adelantó corriendo á dar aviso, y con él pudo salvarse toda la gente, refugiándose á un bosque, y dejando al Padre en el Altar con sólo el Sacristán. Debieron creer los fugitivos que el Padre los seguía en la fuga, porque reconociendo se había quedado en la Iglesia, levantó la voz una India llamada Isabel, Cristiana fervorosa, mujer del Alcalde del pueblo, Don Ignacio Barracaré, y animando á los suyos, les dijo: "El Padre se queda no le desamparemos, vamos á donde está y mueramos con él." Volvióse pues á la Iglesia y la siguieron hasta otras veinte personas. Al ruído salió de su casa un Español, llamado Lope Martinez, que por su jornal ayudaba á lo que se ofrecía para entablar el pueblo, y reconocido el peligro, dió orden á su mujer, se escapase con los demás, y él se encaminó á la Iglesia á socorrer al Ministro de Jesucristo; pero alcanzando los Infieles á su mujer, la prendieron, y á él le hirieron de muerte, antes de pisar los umbrales del Templo, adonde entrando, le acabaron de matar con nuevos flechazos.

Prosiguieron furiosos los bárbaros hasta el

Altar, donde prendieron al Venerable Padre Julián, y tratándole con la mayor irreverencia, le despojaron de las vestiduras sagradas, le rasgaron la zotana y le maniataron. Entre tanto otros muy orgullosos prendieron á la animosa Isabel, y á otras veinte y una personas juntas con el Sacristán, llamado Ventura, que siendo esclavo de cierta Señora piadosa, ésta había mejorado su esclavitud, ofreciéndole para que toda su vida sirviese á la milagrosa Imagen de la Virgen Santisima de Tariquea, en cuyo culto se esmeraba con singular devoción y ternura, y en reverencia suya ayunaba indefectiblemente todos los sábados, tenía muy aseada la Iglesia, servía muy rendido en cuanto se ofrecía en el pueblo, y era (como dicen) pies y manos de aquella Reducción, y tuvo, según su nombre, la ventura de que los bárbaros le quitasen la vida en compañía del Padre Julián, ó un día después. Cometieron en la Iglesia grandes sacrilegios, robaron todos los ornamentos y vasos sagrados, hicieron pedazos el ara, profanaron las Imágenes: á una pintura de Nuestra Señora, inseparable compañera del Padre Julián desde las Misiones del Paraguay, la dividieron de alto á bajo, y también al Niño Jesús, que sustentaba en sus sacratísimos brazos; la imagen de bulto de Nuestra Señora de la Concepción de Tariquea, derribaron del Altar, y sacándola al medio de la plaza, la hicieron primero blanco de sus flechas, clavándole tres flechazos en las espaldas, y uno en el pecho; después la descabezaron y cortaron las manos, y con grande escarnio arrojaron el cuerpo en un pajonal; si-

guióse el saco de las pobres alhajas de la casa, no perdonando á cosa su insacible codicia, y por fin pegaron fuego á la Iglesia y casas de todo el pueblo, reduciéndolas á cenizas.

Luego marcharon con la presa de los cautivos y del Misionero, que llevaban maniatado y como iba casi desnudo y el frio era muy rígido, le afligió el alma aquella noche y parece que le impedía caminar, de que se llegó á compadecer el caudillo de los Infieles, y aun daba ya orden, de que se le aparejase una mula y se le dejase volver en ella á la Reducción destruida; pero no queriendo obedecerle los demás, le hicieron sentar desnudo en un grande peñón, distante como una legua del pueblo, cruzando el Siervo de Dios los brazos, esperó inmoble la lluvia de saetas que le dispararon, y de ellas se le reconocieron treinta y dos heridas, y la una le atravezó el corazón, abriéndolo, para que desatada aquella purísima alma de las prisiones del cuerpo, volase á tomar posesión de la gloria merecida por sus heroicas virtudes, y tan ilustre martirio, sucedió la muerte gloriosa á 17 de Mayo de 1735, á los treinta y ocho años y medio de su edad, veintidos de compañía y cinco de Proceso de cuatro votos. Pero después se encruelecieron los bárbaros con el dichoso Ventura, Sacristán del pueblo, y al llegar al Sábado, le quitaron la vida, para que fuese á acompañar á su Santo Sacerdote. Á los demás cautivos, condujeron al Valle del Ingre, donde hasta ahora padecen miserable esclavitud.

Y para acabar de desterrar el Cristianismo de su bárbaro país, le conjuraron, para azotar por

la parte de Tarija, la Misión del Rosario, y por la frontera de Santa Cruz, la Misión de San Jerónimo, que habían fundado los Padres Juan Joseph de Torres y Juan Antonio Bacas, Misioneros fervorosos de nuestra Provincia del Perú, resolviéndose á dar muerte á los Ministros de ambas Reducciones con esperanzas, de que muerto los Pastores, se podrían á su salvo ensangrentar contra el rebaño de Cristo y obligarles á que apostatasen. La Reducción del Rosario vinieron á invadir los de Cararutí, que antes habían favorecido tanto á nuestros Misioneros; pero queriendo en el camino persuadir á que conspirasen con ellos los de Itan, primer pueblo de la Cordillera, estuvo tan lejos de consentir en la maldad su Cacique principal Caruati, que antes les disuadió sus perversos intentos, y obligó á que retrocediesen á su pueblo, sin hacer la invasión, tomándole Dios por instrumento, para guardar la Reducción del Rosario, y los descarriados del de la Concepción, y después tuvo Caruati la misma suerte con los mismos de Ingre, que segunda vez vinieron á hacer asalto en el Rosario, y del propio modo los arredró de la jornada, aunque esta operación á sus designios le costó incurrir en el odio común de su nación, de cuyas asechanzas sólo pudo asegurarse, desterrándose de su pueblo con cuarenta vasallos, y refugiándose á sitio fuerte, y más cerca al Español, cuya protección puede implorar á su favor en caso necesario. Notable fineza en un bárbaro! A la Misión de San Jerónimo le fué todavía peor, porque conjurándose contra los dos Misioneros, corrieron manifiesto riesgo de ser

muertos, y con dificultad pudieron guarecerse en la ciudad de Santa Cruz, quedando deshecha la Misión, como el Demonio había pretendido, persuadiendo á estas gentes con ocasión de varios terremotos que padecieron en su pais el año antecedente de 1734, que aquellos males le venían, porque permitían en sus tierras á los Misioneros de Cristo, y sobre esto les hicieron sus parlamentos los hechiceros Ministros de Satanás, exhortándolos á que acabasen de una vez el Cristianismo, y cerrasen la puerta á la predicación del Evangelio.

CAPÍTULO XXV

CUÁNDO, DÓNDE Y CÓMO EL PADRE PONS ENCUENTRA EL CUERPO DEL MÁRTIR. — LAS ALHAJAS. — ENVUELVE EL CUERPO EN UN PAÑO. — LO LLEVA AL ROSARIO Y DESPUÉS Á SANTA ANA, DONDE LO DEPOSITA EN UNA CAJA. — LO LLEVA Á TARIJA. — SOLEMNES RECEPCIONES. — TE DEUMS. — PANEGÍRICOS. — EL ARCA SE DEPOSITA DEBAJO DE LA CREDENCIA DEL ALTAR MAYOR.

La muerte del Padre Julián no se pudo saber tan pronto, pero sí su prisión y asolamiento del pueblo, de que el Lunes mismo 16 de Mayo por la noche, dió aviso un Español al Padre Joseph Pons. Este despachó al alba dos Indios de confianza, que se certificasen del suceso, y volviendo con la noticia del estrago referido, se participó todo á Tarija. De aquí se partió prontamente el

Padre Superior Antonio Breton, y despachó al Padre Pons á saber en Itán si vivía el Padre Julián, y los Chiriguanos de él le dieron la noticia de la muerte, que se ha referido. En virtud de esta noticia, fué el mismo Padre en busca del Venerable cadáver, que halló consumido de las aves, aunque conservaba todavía la piel, desde el cuello hasta la cintura, clavadas diez flechas, en el pecho, y las demás esparcidas por el suelo, calzado él un pié con el borseguí y zapato, y del otro le faltaban los tres dedos menores y tambien una quijada. Estaba el esqueleto tendido en el suelo junto á la piedra donde le sentaron para flecharle, el Breviario hacia la cabeza, el Semanafontario (1) y el Epítome de nuestro Instituto, cerca del cuerpo y también se halló el Crucifijo de bronce que usan los Misioneros, alhajas todas del mayor aprecio del Venerable difunto, que no quizo dejar aun en la muerte, en señal de la estimación que le debieron en vida. Fué esta invención á 7 de Junio, veintidos dias después de la muerte, y recogiendo el Padre Pons todos los venerables despojos, se los llevó envueltos en un paño á su Reducción del Rosario, donde se mantuvieron hasta el día 19, que se condujeron á Santa Ana, que dista cinco leguas de Tarija.

Aquí se depositaron en una caja nueva de cedro, aforrada en tafetán carne, con franjas bien dispuestas, clavadas con tachuelas doradas y un fleco de plata, y todo carmesí muy lucido, que

(1) Palabra peregrina, quizá usada en el tiempo del Padre Lozano, que significa el libro en que está el oficio de la Semana Santa.